

Una alternativa para muchachos desfavorecidos socialmente

MAIA ORDOÑEZ

La CEMU (Ciudad Escuela de los Muchachos) es una alternativa educativa creada y animada por Alberto Muñiz Sánchez (el tío Alberto) para niños que no cuentan con su familia biológica, o que, si la conocen, no funciona su relación con ella... Aquí se informa de la CEMU a través de una entrevista mantenida con el tío Alberto por Maia Ordóñez, actual orientadora y responsable de comunicación de la CEMU. Esta entrevista permite al lector enterarse no tanto del proyecto y funcionamiento de la CEMU, cuanto de las motivaciones humanas, filosóficas, educativas... de su fundador.

Te conozco desde hace tiempo; desde aquel ayer fundido con el hoy en que jugaba al escondite y dos largas trenzas recorrían mis hombros. Mis primeros recuerdos de entonces reproducen escenas de ti junto a niños: en el coche, en el comedor, en la Asamblea de muchachos, en la sierra madrileña... Y los primeros sentimientos que vienen a mí de aquellos momentos son los del bienestar compartido mientras con las bocas abiertas escuchábamos tus palabras, y con el corazón también abierto recibíamos tus afectos.

— **¿Qué hace que un hombre se convierta en «tío» de los niños?**

El azar y la necesidad mutua. Todos necesitamos y, afortunadamente, la mayoría tenemos en nuestra familia un «tío» bueno y generoso, ese que nos consuela cuando la autoridad paterna nos agobia, o, cuando es necesario, nos implementa la insuficiente propina de casa, o nos lleva de la mano al circo; nos aguanta, en fin, cuando los padres capitulan temporalmente. En la civilización romana la imagen, el «rol» del «tío» materno —pedúnculo— era más importante que el del propio padre. Creo que ese es el papel que represento yo para los niños, especialmente en la CEMU.

— **¿Qué es para ti el niño?**

Objetivamente, el niño es el ser humano más desvalido, el cachorro más indefenso del mundo animal; el niño es el animal de aprendizaje por excelencia, el que más amor necesita —más que alimento— para crecer y no morir. Por todo eso y más, el niño, en mi caso, es una importante justificación para levantarme cada día, para vivir.

— **Muchas veces te he oído decir que tienes una pésima opinión del ser humano. Parece contradictorio viniendo de una persona como tú...**

¿Te refieres a una persona que ha entregado su vida por ayudar a la gente? Pienso que, al contrario, no sólo es coherente, sino que lo uno puede ser consecuencia de lo otro. Me costaría ayudar incondicionalmente al prójimo si no tuviera ese pésimo concepto de él (incluyéndome yo como prójimo de los demás). Si creyese que son más las virtudes del hombre que sus defectos, o que es el ser perfecto de la naturaleza —ya quisiéramos tener algunas de las cualidades físicas y químicas de otros animales «inferiores»—, que es capaz de engañar, de hacer daño sin rayones de sobrevivencia, de mentir, de desagradecer; si fuera tan ingenuo como para creerme todo eso, ya habría arrojado la toalla como misionero de la causa humana; la habría arrojado con el primer revés, con la primera puñalada recibida.

Y no ha sido así, porque del ser humano lo espero todo, incluidas las malignidades que ninguna fiera podría concebir: el desagrado, la traición, el desvalijamiento y el abandono a tu suerte. Nada del hombre —y del niño— puede sorprenderme, y, por tanto, desanimarme en mi labor, en mi entrega por él.

— **¿Qué es lo que empuja a una persona a dedicar su vida a los demás?**

La conciencia; ese roedor que no te deja en paz cuando has hecho daño, o no has hecho nada por evitarlo. Que no te deja dormir, ni comer o disfrutar, si una persona cerca de ti no puede hacerlo. La conciencia y el amor a sí mismo, eso que suele confundirse erróneamente con egoísmo, y no lo es; el egoísta no se quiere, y por eso no puede querer a los demás. Yo debo quererme mucho...

— **Siempre estás haciendo cosas; incluso tus momentos de descanso se convierten en muchas ocasiones en trabajo, en actividad. Escribes, dibujas, proyectas..., y lo más difícil —creo— y más importante: tratas de vivir educando y queriendo a los niños y niñas que requieren de muchas atenciones tuyas para seguir creciendo...**

Es que no hay tiempo para perder vanamente... ¡Hay tanto que hacer! Nos distinguimos de los animales principalmente por nuestro sentimiento de utilidad, de servir a algo o a alguien... No nos basta con satisfacer las necesidades y los gozos animales. Vivir para comer —y a base de aniquilar otras vidas— y evacuar, y algo más, no es muy racional. Aun así, haciendo lo mucho que dices que hago, siento que estoy perdiendo el tiempo.

— **Explícame una frase tuya: «... Y veo mi mano corta, pequeña, para tanto hacer lejano».**

Tiene relación con ese sentimiento de frustración que te decía: veo mi mano, mi capacidad, mi esfuerzo, mi tiempo, insuficiente para hacer tanta labor lejana. Sentimiento que se dispara en los países del tercer mundo... allí, entre tanta gente, tanta in-

fancia humillada, necesitada, en tal deterioro humano y social, te sientes absolutamente impotente.

— **¿Crees como Erich Fromm que el amor es un arte?**

También es un arte. Lo es todo (o puede serlo) y, por lo tanto, también arte. Es la causa de la Vida y lo que se diga de él, tópicos incluidos, será verdad. El amor es, puede ser, hasta «sus contrarios». Los niños, por ejemplo, necesitan más amor que alimento. Sin alimento se mueren físicamente; sin amor se mueren vivos. Los niños sin amor —sobre todo materno en sus primeros años— no crecen; o mal crecen —se hacen adultos a destiempo—, o, incluso decrecen, tienden a regresar a su origen. También el hombre se para, se malogra sin amor. O se hace peligroso.

Pero hay varios tipos de amor, como respuesta al problema de nuestra existencia, que yo reúno en tres espacios: El Amor, la Amistad, y el espacio intermedio —el más amplio, el del «cariño vertical», el que admite el beso y la caricia que suele «rechazar» la amistad, el espacio en el que se mueven los padres y los «tiosalbertos» que quieren a los niños como tales— el espacio que yo he bautizado como Amoristad.

— **¿Hasta dónde se puede amar?**

Hasta el desamor. El daño para mí marca la barrera de lo permitido en cualquier comportamiento, incluido el amor de cualquier tipo: fraternal, materno, erótico, amor a sí mismo, amor a Dios...

Cuando es necesario, por amor, puede uno perder la vida propia, pero nunca quitar la ajena; que es lo que hacen, por «amor» a su patria, los patrioterros, que no los patriotas.

— **¿Por qué el amor a los niños?**

En mi caso, por muchas razones. Porque he crecido en un hogar de ocho hermanos, y no sé qué es estar sin niños alrede-

dor. Cuando mi hermano pequeño tenía 13 años, me enrolé en el Circo de los Muchachos.

Porque son los seres que más me necesitan, aunque a veces no se lo merezcan; por eso el amor hacia ellos debe ser materno, incondicional; el niño puede sobrevivir a muchas cosas, pero no a la falta de amor...; se moriría.

Porque admiro su ética —la sinceridad, la ilusión, las ganas de aprender—, y por su estética —representación gráfica de una ética deseable, de la pureza (pureza significa niño, «puer»). Claro que la belleza femenina también prodría representarla si el mercantilismo agresivo no se hubiera cargado su imagen, exhibiéndola groseramente «desnudada» —no desnuda por exigencia del Arte y del guión— promocionando con su cuerpo, a veces pornográficamente, desde una bebida alcohólica hasta un cepillo de dientes.

La imagen del hombre —iconografía de otras virtudes, la fortaleza, p.e.—, está yendo por el otro camino. Y dicen algunos que eso, que el hombre sea también «objeto» de iniquidad en ese caso... es justo. Creo, en cambio, que el mal de muchos sólo debe consolar a los tontos.

Hasta ahora la imagen del niño —incluso desnudo— ha sido relativamente respetada; al menos por el comercio «lícito», y sigue representando iconográficamente lo virtuoso, las mejores cualidades y virginidades humanas. Espero que sea siempre así...

Y tengo razones para amar, necesitar, a los niños. Porque soy un niño que se niega a crecer, que quiere ser lo que no fui en mi infancia, espectador de ella: quiero ser actor. Y por eso sigo creyendo en la bondad, investigando, aprendiendo, soñando..., todo eso es culpa del niño que llevo dentro.

Porque en ellos sí puede haber, a veces, agradecimiento manifiesto, con el mínimo favor: un helado, por ejemplo. Porque necesito de su sinceridad —a veces cruel— como el pez necesita del agua. Porque como «ciego» no sé andar sin lazarillo por la vida...

— **¿Todos tenemos esa capacidad para amar?**

Al menos nacemos con ella. Las circunstancias y el propio individuo pueden reducirla, esclerotizarla, anularla... El hombre es a veces escultor de sí mismo, responsable de sus dos caras...

— **Tú dices que quieres «a pesar de» y no «por»...**

Claro, querer «por» no es amor, es transacción comercial. Un elemento básico del amor —también lo decía Fromm— es el respeto junto con el cuidado, la responsabilidad y el conocimiento. Respetar a la persona como es, defectos incluidos; quererla a pesar de ellos. Tampoco podrías quererla si no la cuidaras, si no respondieras por ella y menos si no la conocieras.

¿Cómo puedes querer, satisfacer, ayudar a una persona que no conoces? El amor falla cuando falla cualquiera de estos elementos componentes. Creo que debemos querer «a pesar de», y no «por»; al prójimo hay que ayudarlo a pesar de ser como es... o precisamente por eso, por ser como es... un regalito de la naturaleza. ¡Y es el «cerebro» de ella! Afortunadamente una evolución ascendente...

— **Otra de tus frases preferida por mí es aquella: «No estaré completo hasta que no me gane». Algunas veces me sirve incluso como frase mágica y actúa en mí como una especie de terapia. ¿Te sientes completo?**

No, porque no me he ganado. Lucho por ello. Ganarse es decir que no a ese aparente placer —obsesión a veces—. O decir que sí a una buena acción, aunque cueste. Ganarse es estar completo, ser feliz reflexivamente, conscientemente. Se tiene conciencia de «haber sido feliz», no «de serlo». Sólo si te has ganado, puedes vivir a tope la felicidad «dándote cuenta» de ello. Otro poema mío lo dice: Me asusto / Me inquieto y me esquivo / cuando entro en conciencia / y sé y noto que vivo... / Cuando no, vivo sin darme cuenta. / No merezco mi existencia... Esa es la tragedia de la mayoría de nosotros: sólo disfrutamos, en la inconsciencia, «muertos». La reflexión sobre la

felicidad presente puede desencadenar lo que llamo las «hipótesis negativas».

— **¿Qué es lo que te hace ganarte día a día?**

El «ensancharme», como dijo el poeta: «Más allá de mis penas personales, me ensancho, me ensancho, me ensancho...»; es decir, ocuparme más de los demás. La gente que se mira demasiado —otra vez, los egoístas—, que se escuchan demasiado, ven y oyen sus miserias, casi siempre adquiridas. Ven la muerte. La muerte está en ti, no en los demás; sólo en ellos podemos sobrevivir; por eso, paradójicamente, la muerte que sufres es la ajena. Tu muerte la llorarán otros... yo, por ejemplo, si no me anticipo a ti, que sería lo más lógico...

— **¿Contribuye tu locura infantil a este «ensacharte»?**

Sobre todo y especialmente. En los niños sí que ves lo «porvenir», la vida en alza, lo ascendente. Tu preocupación u ocupación por ellos son un antídoto contra tu dolor y la muerte.

— **¿Es la CEMU una alternativa?**

Tangible, palpable. Cuando el niño carece de familia biológica, o la que tiene no funciona, o no lo acepta, la CEMU, por sus características de Ciudad/Hogar a su escala, por su teoría educativa que le permite ser un protagonista activo de ella, puede ser la mejor alternativa, aunque no la única válida, exceptuando los centros tradicionales de educación colectiva, archivos de niños.

A mí, a pesar de haber tenido y tener unos padres que no me merezco, me hubiera gustado ser un niño en la CEMU; por eso, como te decía, me niego a crecer, me empeño en seguir siéndolo...

Gracias, Tío Alberto, por ser como eres.

Gracias, porque quizá seas «culpable» de que algunas —ojalá muchas— personas, sintamos cada día al despertar que nues-

tro NIÑO crece; y esa magia infantil puede que nos ayude a ir sintiéndonos algo más completos.

Dirección

Maia Ordóñez
Avda. Doctor Fleming, 3
28912 LEGANES (Madrid)
Teléfono: (91) 694 62 77